

# Tema 10

“Conflictos sociales en Francia en el siglo XIX”, en  
*Revista de Trabajo*, nº 19, Madrid, 1967, pp. 23-40.

**conflictos sociales  
en francia  
en el siglo XIX**

carlos meya

**L**A teoría de las clases sociales vuelve a ocupar actualmente un lugar central en la Sociología: Geiger, Schumpeter, Dahrendorf, Aron, Mills, Bottomore, Lipset y Bendix son algunos de los nombres que han contribuido decisivamente a reactualizar esa temática, rompiendo más o menos radicalmente con el enfoque funcionalista de la estratificación social para recuperar críticamente elementos teóricos procedentes del clásico enfoque marxista en su eventual y parcial validez. Un intento actual de replantearse la problemática de las clases sociales en el marco de la sociedad industrial debe tratar de revisar sus diversos planteamientos teóricos desde un análisis que establezca el contexto histórico social en el que dichos enfoques se producen, tratando al mismo tiempo de reducir a categorías sociológicas los datos que dichos enfoques implican, para llegar a un sistema de conceptos, postulados e hipótesis generales capaz de asumir explicativamente

no sólo los datos enmarcados en aquellas teorías originarias, sino también todos aquellos datos relevantes que sobre el proceso histórico de desarrollo de la sociedad industrial nos ofrecen disciplinas científicas distintas de la Sociología; las aportaciones de la Historia económica y la Historia social son indispensables para esta temática.

El presente artículo es un mínimo trabajo en esa dirección. Se centra en los conflictos de clases del siglo XIX francés porque precisamente, en el propio seno de tales conflictos, como coincidencia teórica de los mismos, surge la Sociología (Saint Simon, Comte) y la teoría marxista de las clases sociales.

## I. DE LA REVOLUCION FRANCESA A LA DINAMICA REVOLUCIONARIA DE CLASES EN LA SOCIEDAD FRANCESA DEL XIX

Theodor Geiger ha formulado de un modo extremoso el sentido de la Revolución francesa en cuanto hecho histórico a partir del cual arranca el desarrollo de la sociedad de clases. «La Revolución no significó un desplazamiento del poder dentro de estratos sociales previamente dados, sino una nueva estratificación que se manifiesta a lo largo del siglo siguiente. Desde 1789 no hay una nobleza ni un clero como poderes esenciales para la estructura del tejido de la vida social, tampoco hay ningún cuarto Estado. Hay dos nuevos estratos: burguesía y proletariado, reclutándose ambos a partir de elementos combinados de los diversos estamentos anteriores, de los cuales se distinguen progresivamente» (Geiger, 1962, 227). Es un error, para Geiger, identificar «estamento burgués» (Bürgerstand) y «clase burguesa» (burguesía capitalista); se trata de dos formaciones sociológicas distintas, separadas por un proceso de reestructuración radical. La burguesía y el proletariado, en cuanto tales clases, «aparecen al mismo tiempo... El mismo hecho que por una parte hace surgir un estrato, produce por otra, el otro. Tanto la burguesía capitalista como el proletariado surgen por causas del mismo motivo: monopolio de los bienes de producción, exclusión de los bienes de producción» (Geiger, op. cit., 228).

A medio camino entre el marxismo y el formalismo sociológico, el lenguaje de Geiger provoca la confusión entre temporalidad analítica y temporalidad histórica: Se confunde la simultaneidad lógica conceptual propia del modelo teórico a partir del cual se definen los términos «burguesía» y «proletariado», con la respuesta empírica a la pregunta histórica que se plantea cuando aparecen prácticamente

la burguesía y el proletariado como tales clases. Desde luego, en el sentido teórico conceptual de Geiger—que repite formalistamente a Marx y Max Weber al centrarse en el monopolio de los medios de producción—la aparición histórica de la «burguesía» y el «proletariado» francés no coincide con las tensiones internas de la Asamblea Nacional, ni siquiera con el conflicto entre la Convención girondina y la Comuna de París, cuyas masas decidirán el triunfo de los montañeses sobre la Gironda. «La burguesía fue la clase que realmente estuvo a la cabeza del movimiento. El proletariado y las diversas fracciones que no pertenecían a la burguesía, o bien carecían de intereses distintos, o bien no formaban clases con un desarrollo autónomo». Por esta observación de Marx en un artículo de 1848 en la «Neue Rheinische Zeitung» (vid. Bruhat, 1952, 102), sólo tiene validez historiográfica, definiendo las categorías burguesía y proletariado en su sentido muy distinto al de Geiger: el proceso de la industrialización capitalista, todavía en sus comienzos en Francia, no alcanza a determinar esa dualidad de clases, ni mucho menos su posible conflicto radical. Sólo se puede hablar de la burguesía como «clase nacional» en cuanto que, compitiendo con la aristocracia y la realeza, acaba de vencer políticamente y emplea su nuevo poder para disolver lo más rápidamente posible todos los supuestos del antiguo régimen que configuraban como estamento subordinado a esa nueva clase dominante.

La categoría «proletariado» en esa coyuntura histórica no tiene otro sentido que el de «clase baja urbana»: masas de población situadas en los niveles inferiores de la estratificación ciudadana (vid. Weber, 1964, II, 998 y ss.), que pueden ser movilizadas en función del clásico esquema «lucha entre ricos y pobres», muy anterior y más simple que el específico de la sociedad capitalista. «Los proletarios todavía no tienen ninguna conciencia de clase. Es la cuestión de la subsistencia lo que sublevará al proletariado urbano durante la Revolución» (Saboul, 1969, 19).

La Revolución política estalla cuando Francia se encuentra en los prolegómenos de su revolución industrial: la población urbana (comunidades de más de 2.000 habitantes) apenas pasa del 20 por 100; mientras que en Inglaterra las máquinas de vapor están reemplazando en todas partes los motores hidráulicos, en Francia de 1789 siguen siendo muy escasas. «Al día siguiente de la revolución..., las instituciones jurídicas se modificaron profundamente; pero la vida económica continúa siendo lo que era bajo el "antiguo régimen"» (Sée, 1961, 114).

De la burguesía industrial, cuyos representantes nacionales (dipu-

tados del tercer Estado) se han reunido en París se va a formar la nueva clase dominante, la «gran burguesía» (Lhomme), que a la vez que controla el poder político dirigirá el desarrollo industrial (1). De los «sans-culottes» parisinos al «proletariado industrial» hay todavía una larga distancia. Pero el hecho de que la gran revolución política haya precedido a poca distancia de la revolución industrial va a tener una importancia decisiva sobre el desarrollo en Francia de la nueva sociedad de clases. Va a radicalizar absolutamente el conflicto «capitalistas-obreros» determinando su dinámica revolucionaria, estableciendo así el contexto histórico social que posibilitará la aparición y vigencia de la teoría marxista de la lucha de clases. Hay un supuesto esencial de todo ese proceso que hasta ahora hemos mantenido implícito: el papel dominante de París sobre la organización espacial de la sociedad francesa. Pero antes de analizar esta cuestión conviene esbozar los términos en que el conflicto político y el conflicto económico-social se vinculan en una unidad explosiva.

El desarrollo de un conflicto de clases exige la presencia de una clase dominante, en cuyo enfrentamiento estratos hasta ahora excluidos del poder se movilizan para constituirse en clase antagonica (Dahrendorf, 1957, 162-163). La constitución de la clase dominante precede a la constitución de la clase concurrente: su dinámica de dominación excluyendo del poder a los dominados, su imposición de un orden de legitimaciones en contradicción de los intereses de la población sometida, son factores que determinan la progresiva formación de un sector de esa población en clase que niega el poder establecido.

Con «la gran burguesía en el poder» Jean Lhomme (1960) ha conseguido un penetrante análisis histórico social de la nueva clase que regirá Francia en el siglo XIX. «La diferencia... con la pequeña y con la media burguesía resulta de un criterio extremadamente neto: la importancia de las rentas o de la fortuna; la riqueza en una palabra» (Lhomme, 1960, 48). En función de esa diferencia, una fracción de la burguesía, la clase triunfante en 1789 como totalidad, se distancia de su posición de origen hacia el poder (2). Este des-

(1) El estudio clave de J. Lhomme, «La Grande Bourgeoisie au pouvoir» (1830, 1880), constituye la base historiográfica fundamental para la utilización de tal categoría. Muy importantes para el análisis histórico del desarrollo de la burguesía francesa en el XIX son las investigaciones de Beau de Loménie, «Les Responsabilités des dynasties bourgeoises» (París, 1943); Fernoud (R.), «Histoire de la bourgeoisie en France», t. II, «Les temps modernes» (París, 1962); Daumard (A.): «La Bourgeoisie parisienne de 1815 a 1848» (París, 1963).

(2) «La burguesía que ha preparado y dirigido la Revolución se ha aprovechado esencialmente de ella, pero en grado diverso según sus diversas categorías. La burguesía aparece radicalmente transformada, habiéndose modifica-

pegue, claramente iniciado en Termidor, continúa con el primer Imperio, cuya organización político-administrativa y su expansión militar son requisitos que imponen la progresiva aglutinación y cerrazón de esta reducida capa social (3). Un acontecimiento fundamental en este proceso es la fundación del Banco de Francia, que implica el acuerdo de Napoleón con los miembros más destacados de esta incipiente «gran burguesía».

El paréntesis de la restauración borbónica—consecuencia de los Cien Días—servirá para estrechar filas y radicalizar sus pretensiones de supremacía absoluta y excluyente. La aristocracia, que ha sido restablecida junto con la realeza gracias a los ejércitos extranjeros, no podrá mantener el poder pese a sus intentos de recuperar sus viejas posesiones territoriales. «En cuanto renta dominante, la renta de la tierra deja paso a la ganancia industrial, aunque todavía puede acumularse entre ciertas manos, no es un ingreso susceptible de desarrollo muy rápido, de desarrollo tan rápido como el de la ganancia industrial. Sobre todo ha dejado de ser el ingreso motor, ese en función del cual se ordenan y jerarquizan los otros. Así, los ingresos de la empresa industrial o financiera desplazarán las rentas territoriales. La clase que consiga poner en movimiento la actividad empresarial, la que reciba las ganancias, desplazará por su parte la clase de los propietarios» (Lhomme, 1960, 62-63). En 1824, Saint Simon, pre-

do su equilibrio interno: la preponderancia tradicional de la fortuna adquirida dentro de sus filas, es sustituida por la de los hombres de negocios y los jefes de empresa, los dirigentes de la producción y de los intercambios. La burguesía del antiguo régimen—la burguesía integrada en el antiguo sistema económico y social—participó en gran medida de la suerte de la aristocracia. Los burgueses propietarios de señoríos y los que vivían «noblemente» de sus diversas rentas territoriales, vieron desvanecerse sus censos y derechos «feudales», a la vez que se devaluaban sus rentas. «La burguesía de los «officiers» fué arruinada igual que la nobleza de toga, por la supresión de la venalidad. La burguesía de las profesiones liberales recibió el impacto de la abolición de la orden de los abogados, y por la de las Academias y Universidades, del 8 de agosto de 1793... Una nueva burguesía apareció en primer rango, la de los dirigentes de las finanzas y la economía» (Saboul, 1962, 305, 306).

(3) «La venta de los bienes nacionales, cuyas modalidades favorecieron a los grandes compradores, ha permitido a grupos de especuladores, las «bandas negras», comprar grandes dominios para volverlos a vender al detalle... Las dificultades económicas han sido aprovechadas ampliamente por los hábiles «acaparadores» de cereales en períodos de escasez, traficantes de mercado negro cuando la tasa oficial... hacía desaparecer las mercancías... Pero parece que una de las principales o, por lo menos, una de las más rápidas fuentes de enriquecimiento ha sido la guerra. Sin hablar del pillaje organizado que han practicado ciertos generales de Napoleón en países conquistados, principalmente en España, son los abastecimientos al ejército los que han dado lugar a las operaciones más escandalosas» (Dupeux 1964, 130). Vid. en el mismo sentido, Saboul, 1962, 307-308. «Los cuadros de la nueva sociedad se consolidaron en el curso del período napoleónico.»

carlos moya

cursor a la par del socialismo y de la concentración capitalista, anuncia entre utópico y clarividente el inmediato régimen político. «La nobleza, es decir, la única institución interpuesta entre el rey de Francia y los industriales, ya no posee fuerza real, pues ya no es preponderante en razón de sus propiedades y, además, porque la opinión popular ya no le es favorable. De forma que en Francia no existe ya obstáculo importante para la unión de la realeza con la clase industrial, y porque dicha unión se efectuará necesariamente, pues tanto interesa al rey como a los industriales el unirse íntimamente» (Saint Simon, 1960, 136).

En 1830, con la revolución de julio, la gran burguesía triunfaba definitivamente sobre la aristocracia. El primer jefe de gobierno de Luis Felipe sería el banquero Jacques Laffitte; su sucesor, otro gran banquero e industrial, Casimir Perier, hijo de Claude Perier, uno de los fundadores del Banco de Francia bajo la égida de Napoleón. La misma situación histórica que cumple el pronóstico de Saint Simon revela su dimensión utópica: a partir de ahora la «clase industrial», la «clase de los productores», que su teoría sociológica presentaba como una unidad armónica y jerarquizada de obreros y capitalistas, se desvelará en su escisión radical. Las masas parisienses han sido la fuerza de choque con la cual se ha instalado el nuevo régimen; las masas obreras, en general, componen la fuerza de trabajo que asegura el poder económico de la nueva clase dominante. De cualquier modo el monopolio del poder político y económico por los nuevos señores excluye toda participación ajena. La nueva Ley electoral de 1831 apenas modifica el sistema censitario: «de una población de 33.500.000 habitantes sólo habrá 200.000 electores» (Bruhat, 1952, 219). Quedan al margen del «país legal» las clases medias, el pequeño campesinado y el proletariado urbano y rural.

Desde 1830 las huelgas se multiplican: en París, Rouen, Nantes, Saint Etienne, Bourdeaux, El Havre, los obreros se revuelven contra sus condiciones de trabajo, contra sus empresarios. Los «canuts» de Lyon toman la ciudad en 1831: el ejército restablecerá el orden. Respondiendo a peticiones laborales, el ministro Casimir Perier expone la actividad del nuevo Gobierno identificada plenamente con los intereses de la clase que lo constituye: «Es preciso que los obreros sepan bien que no hay para ellos más remedios que la paciencia y la resignación.» Declaración que se complementa perfectamente con la circular que dirige a los prefectos recordándoles las funciones de la Guardia Nacional: «Cuando el legislador entregó armas a los ciudadanos, quiso armar la propiedad, la libertad regular y la industria, contra todo lo que pudiera amenazarles» (Dolleans, 1960, I, 67). «La gran burguesía conquista la supremacía en el momento exacto en

que el capitalismo se instala en Francia y tiende a representar la tendencia dominante de nuestra economía» (Lhomme, op. cit., 67).

Desde 1829 Enfantin y Bazard radicalizan la doctrina saint-simoniana: «Los hombres se hallan divididos en dos clases, los explotadores y los explotados... Hoy en día la masa entera de los trabajadores es explotada por los hombres cuya propiedad utiliza» (doctrina de Saint Simon, 1924, 225, 239). Saint-Marc Girardin, un periodista burgués, escribe en el «Journal des Débats» (1831): «La sedición de Lyon ha revelado un grave secreto, el de la lucha intestina que tiene lugar en la sociedad entre la clase que posee y la que no posee... Nuestra sociedad comercial e industrial tiene su plaga como todas las demás sociedades; esta plaga son los obreros» (cit. Bruhat, 1952, 243).

La identidad social entre los titulares del poder político y los titulares de los medios de producción industrial identifica el conflicto «capital-trabajo» y el conflicto político resultante de la falta de legitimación de la monarquía de Luis Felipe en una sola unidad explosiva (4). En la misma medida en que se desarrolla la burguesía, es decir, el capital, se desarrolla el proletariado, la clase de los modernos trabajadores (Marx, 1953, 532). Desde el modelo teórico

(4) Para Dahrendorf el conflicto de clases típico de la esfera de la producción es un conflicto que se localiza exclusivamente en el ámbito de la empresa industrial como asociación de dominación (Heichäftsverband), siendo la propiedad de los medios de producción o la no propiedad lo que define la condición de clase dominante o dominada. Tales conflictos sólo se pueden comprender como trascendiendo ese ámbito institucional cuando se introduce un supuesto que resulta característico para las sociedades industriales europeas en sus orígenes: Los ocupantes de las posiciones dominantes en la industria son al mismo tiempo los ocupantes de las posiciones políticas dominantes... Recíprocamente, son ante todo los obreros asalariados los que como tales están excluidos de las posiciones políticas dominantes en el ámbito del Estado. La industria es el orden institucional dominante dentro de la sociedad; sus estructuras de dominación y sus conflictos de clases se amplían hasta convertirse en conflictos de la sociedad global.» (Dahrendorf, 1957, 209). La teoría de las clases sociales de Ralf Dahrendorf se presenta como un intento formalista de superar la teoría dialéctica de Marx. Para ello se definen los conceptos de clase, dominación y conflictos de clase, con exclusión explícita de toda referencia a las relaciones de producción. Junto a las clases industriales (económicas), están las clases políticas, sin que en principio haya ninguna conexión esencial entre los dos tipos de clases; toda organización de dominación, en cualquier orden institucional, implica clases en conflicto latente o explícito. La identidad que se da en los comienzos de la industrialización europea entre las clases políticas y las clases industriales es una pura casualidad histórica, en función de la casualidad histórica que implica la aparición de este específico tipo de estructura social. De esta suerte Dahrendorf pretende acabar «científicamente» con las implicaciones historicofilosóficas de la teoría de Marx. La crítica de la radical insuficiencia del formalismo de Dahrendorf y la discusión del específico enfoque dialéctico de Marx exceden el marco de este trabajo, que solamente significa un primer paso para tratar de llegar a un nuevo planteamiento que necesariamente debería ir más allá de aquéllos. Trascender críticamente las teorías establecidas es una pretensión radical de toda auténtica ciencia en su esfuerzo por una objetividad más alta.

conflicto:  
en franci  
en el sig

marxista, el enfrentamiento entre proletariado y burguesía capitalista se encuentra en Francia en sus propios momentos: es alrededor de 1830 cuando se acelera el proceso de industrialización. A ese nivel de desarrollo industrial—juzgándolo desde el desarrollo inglés como paradigma capitalista—, lo típico son conflictos muy localizados, incapaces de arrastrar a grandes núcleos de población urbana ni de despertar movimientos de solidaridad regional o nacional: no existen pretensiones revolucionarias ni propiamente se puede hablar de una clase obrera con conciencia general de su situación (5). Y, sin embargo, desde 1830, la realidad francesa desborda absolutamente ese modelo teórico de desarrollo del conflicto industrial: de 1830 a 1834, una oleada de huelgas estremece las villas industriales; las

(5) Para el modelo marxista de la dinámica conflictual de las clases sociales el conflicto revolucionario se desarrolla fundamentalmente como «conflicto que existe entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción» (Marx, 1957, 5). En función del desarrollo de ese conflicto —la «contradicción fundamental» como «contradicción entre el desarrollo y la socialización de las fuerzas productivas y la propiedad privada de los medios de producción» (Godelier, 1966, 77)— se desarrolla la conciencia y la organización de la clase obrera. Pero esto implica que esa contradicción fundamental sólo explota como conflicto revolucionario de clases cuando el desarrollo de las fuerzas productivas ha llegado al máximo posible dentro de las relaciones de producción existentes, que da ser «formas de desarrollo para las fuerzas productivas... devienen obstáculos» (Marx, 1957, 4). Cuando el desarrollo industrial se encuentre en sus primeras etapas, el conflicto de clases en que se expresa esa contradicción debe estar en sus comienzos. El texto del «Manifiesto comunista» es el lugar clásico donde puede encontrarse una tipología de los fenómenos conflictuales propios de esa primera fase en la formación de la clase obrera. En el artículo citado de Geiger puede verse un análisis y una tipología de las diversas fases del proceso, que va desde la «clase en sí» a la «clase para sí» (Geiger, 1962, 244, y ss.). Esa «contradicción fundamental» (Godelier) o «contradicción sobredeterminada» (Althusser, 1967, 79 y ss.) es para Althusser y Godelier el núcleo científico-racional de la teoría correspondiente a la madurez de Marx, que niega radicalmente su juvenil antropología filosófica, rompiendo radicalmente con el lastre metafísico de la dialéctica hegeliana. Frente a esa interpretación estructuralista y científicista hay que señalar que tal contradicción es precisamente el lugar teórico-conceptual donde se manifiesta la sustancial conexión entre Hegel y Marx: el materialismo científico se consume dialécticamente en el salto «utópico idealista», que implica la teoría de la toma de conciencia revolucionaria como negación de la negación, como reapropiación de la sociedad, disolviendo el Estado, en tanto, expresión supraestructural de la alienación de la sociedad de clases; como liberación colectiva frente a la alienación. Este específico momento filosófico idealista constituye el esencial momento utópico (en el sentido de Mannheim) de la dialéctica de Marx, en el que la ciencia se constituye, epistemológica y prácticamente, como «ciencia revolucionaria», como autoconciencia de tal contradicción fundamental. Lo cual implica, en términos de pura lógica científica, un hueco teórico fundamental —la disolución de la política y el Estado en la afirmación absoluta de la «sociedad civil»— que se llena con una utopía de carácter metacientífico: la conciencia de clase revolucionaria como conciencia de la verdad absoluta de la sociedad frente a la falsa ilusión de Estado, como conciencia de la verdad absoluta del hombre real frente a su reducción unidimensional como miembro individual de una clase. Pero el desarrollo de una crítica sistemática de la teoría marxista no puede aquí sino esbozarse.

barricadas de 1834 en París se levantan en solidaridad con los obreros de Lyon, cuya huelga general no ha vuelto a ser sofocada por la tropa militar; las coaliciones de trabajadores se organizan y extienden febrilmente; se formula la destrucción del orden social existente como única posibilidad de liberación proletaria (6). Los conflictos obreros surgen y se desenvuelven en el marco previo de una situación política radicalmente conflictual que acelera el desarrollo de aquellos multiplicando su virulencia.

La legitimidad revolucionaria se ha quebrado con la derrota de Napoleón; la vieja legitimidad monárquica, impuesta por los ejércitos extranjeros, no podrá conquistar el consensus nacional: para las masas populares la Restauración es el resultado de la derrota de la Nación. Derrotada definitivamente la aristocracia, la monarquía constitucional y liberal de Luis Felipe pretende ser un compromiso entre aquellas dos legitimaciones ya mentadas. Pero la forma legal apenas encubre la realidad del actual sistema: se trata de una pura plataforma de los intereses de la nueva clase dominan-

(6) Algunos textos de la época son altamente significativos. Por ejemplo, la declaración del ciudadano Laponneraye (clase media baja), ante el tribunal que le juzga por un curso sobre historia de Francia para un público de obreros (1832): «La verdadera República, la que nosotros perseguimos con nuestros votos más ardientes y nuestra más entusiasta idolatría es una República sin flotas, sin esclavos, sin plebeyos; una República en que no se conozca la diferencia entre burguesía y pueblo, entre privilegiados y proletarios, y en la que la libertad y la igualdad sean la propiedad de todos y no el monopolio exclusivo de una casta.» Desde los principios revolucionarios de 1789 la conciencia de la clase obrera se clarifica y radicaliza aceleradamente.

En sus «Reflexiones de un obrero de sastrería», Grignon—miembro de la «Sociedad de los Derechos del Hombre» (vid. próxima nota)— escribe: «No olvidemos que únicamente los ricos hacen la ley, y que nosotros no nos podemos liberar definitivamente del yugo de la miseria sino ejerciendo como ellos nuestros derechos de ciudadano... Es preciso hacer la guerra a los ricos, rebelarse contra el monopolio que prohíbe a todos el ingreso en las profesiones lucrativas, crear un gobierno popular que obligue a la opulencia a venir en socorro de la pobreza; es preciso limitar a los obreros de Lyon e imponer la ley a los opresores-señores. Entremezclada con pretensiones económico-profesionales de tipo confusamente utópico la guerra civil se anuncia como consecuencia lógica de la oposición entre ricos y pobres, entre señores del Estado y excluidos de él, impulsada su deducción desde la significación mítica de la revuelta de Lyon: dentro de un lenguaje cuyo radicalismo político reviste una dimensión jurídica de clara ascendencia jacobina.» Los textos proceden de Bruhat, 1952, páginas 250 y 262-263.

En 1830 han aparecido los tres primeros periódicos obreros: «Le Journal des ouvriers», «L'Artisan» y «Le Peuple», redactados y confeccionados por obreros. Se multiplican las asociaciones obreras—vitalizando viejas fórmulas tradicionales como las de los «compagnons»—y comienza a delinearse la idea de la necesidad de superar el carácter particularista y limitado de esas primeras organizaciones. Un panfleto de 1833, «De la Asociación de los obreros de todos los cuerpos del Estado», afirma que es preciso «hacer de estos cuerpos aislados un todo, una asociación general, es preciso dar a este gran cuerpo de obreros un comité central, compuesto de delegados, representando las asociaciones particulares». (Bruhat, loc. cit., 262.)

te (7), que rechaza la República en cuanto aquella va asociada en el sufragio popular, e impediría, por consiguiente el monopolio exclusivo del poder estatal. Esa condición excluyente del nuevo poder hace imposible la formación de un consensus popular capaz de afirmarlo socialmente. Ni las exhibiciones públicas del «Rey Ciudadano», ni el restablecimiento y desfile de la Guardia Nacional (milicia ciudadana reclutada entre la burguesía media cuyo origen histórico está en la toma de la Bastilla) puede superar esa marginalización de la inmensa mayoría de la población, que crea un descontento radical entre sus núcleos urbanos más politizados: sectores de las clases medias, estudiantes, artesanos, obreros independientes, que se consideran depositarios de las tradiciones republicanas de 1793.

Sus conspiraciones, manifestaciones y revueltas contra la monarquía—a las que hay que añadir en un principio la agitación «Carlista»— consiguen, eventualmente, arrastrar grandes masas urbanas y mantienen así un clima de tensión colectiva, de efervescencia revolucionaria, en el cual prosperan los conflictos específicamente industriales. Pero a la vez, en función de esa situación, hay una politización rapidísima de tales conflictos: la agitación de las masas urbanas hace de correa transmisora entre las reivindicaciones de origen político y las de origen obrero: las organizaciones republicanas de tipo más o menos conspiratorio conectan con las nuevas asociaciones obreras (8). El proceso tiene lugar también en

(7) La fórmula panfletaria de Marx: «el Estado moderno es sólo un comité que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa» (Marx, 1953, 527) está inmediatamente inspirada en el gobierno de Luis Felipe. Que ha sido descrito en términos muy semejantes en las nada panfletarias «Memorias» de Alexis de Tocqueville: «La clase media, convertida en Gobierno, tomó aire de industria privada... El Gobierno había tomado los aires de una compañía industrial, en la que todas las operaciones se hacen en vista del beneficio que los socios pueden alcanzar» (Tocqueville, 1942, 26, 27). Así un caso histórico concreto en su inmediatez concreta, contribuye decisivamente a la formación de toda una concepción teórico-política.

(8) La «Sociedad de Amigos del Pueblo» es una organización de tipo clandestino para la conspiración democrático-republicana de signo radical—en su ámbito hay secciones que agrupan a sastres y a obreros de la construcción—. La «Sociedad republicana de los derechos del hombre», la nueva organización que sucede a aquella (1833), va a tomar un cariz progresivamente obrerista: el republicanismo jacobino pequeño-burgués se radicaliza como pretensión de la República social, con clara influencia en los medios obreros. Las medidas del Gobierno contra las asociaciones se dirigen a la vez contra republicanos y obreros. En las huelgas de Lyon de 1834 la sección de la Sociedad de los Derechos del Hombre constituye un «Comité conjunto» junto con las acciones profesionales directamente responsables de la movilización obrera. De igual modo en París la Sociedad decide apoyar a los rebeldes de Lyon, uniéndose con los obreros parisienses en las barricadas. El ejército acabará en Lyon y París con los rebeldes. Pero se ha realizado «por primera vez un frente común entre los republicanos procedentes sustancialmente de la pequeña burguesía y los obreros, y esto es el signo de una evolución profunda, tanto en los unos como en los otros». (Bruhat, 1952, 256). Una alianza que se mantendrá y

sentido recíproco: la República democrática exigida por los radicales de las clases medias se define como República social (9): frente común ante un enemigo común. De la acumulación de ambos conflictos surgen los primeros fenómenos de socialismo revolucionario. Augusto Blanqui, su líder más famoso en este momento inicial, encarna ese proceso: de origen pequeño burgués, hijo de un subprefecto estudiante en París, Carbonario, miembro de la «Sociedad de Amigos del pueblo», que conspira contra la monarquía borbónica en favor de una República democrática, autor de panfletos, líder en las barricadas de julio de 1830, y a partir de ahora, pese a sus repetidos

conflictos soci-  
en Francia  
en el siglo XI

consolidará en las cárceles que van a compartir. Para todo este proceso han sido esenciales dos acontecimientos: la revolución de 1830—que «hizo de la barricada el símbolo de la insurrección popular» (Hobsbawm, 1965, 240) y la primera revuelta de los «cannuts» en Lyon en 1831, con el progreso del capitalismo, «el pueblo y «los pobres trabajadores», esto es, los hombres que constituían barricadas, pudieron identificarse cada vez más con el nuevo proletariado industrial como la «clase obrera». Por tanto, había nacido un movimiento revolucionario socialista proletario. (Hobsbawm, loc. cit.)

(9) La práctica y la teoría blanquista de la revolución tuvieron una decisiva influencia en la formación del modelo marxista de la lucha de clases: en el «Manifiesto» se encuentra latente ese impulso. Blanqui aspiraba a crear no un partido de masas, sino una élite revolucionaria, relativamente pequeña, de hombres escogidos. Estos, elegido el momento adecuado, cuando el descontento llegase a su punto, podrían asumir la dirección efectiva de los trabajadores [haciéndose con el poder mediante un golpe de Estado] para guiar a los sindicatos y otras organizaciones por el verdadero camino revolucionario y, poco a poco, mediante una dictadura, poner los cimientos de una nueva sociedad. (Cole I, 1964, 165.) Esta es la fórmula en la que los conspiradores Marx y Engels, miembros primero de la «Liga de los Justos» y después de la de los «Comunistas», confían en el momento de redactar su manifiesto: desde esta fórmula la resolución de la «contradicción fundamental» en la revolución inminente parece asegurada. El «voluntarismo» de una lúcida minoría dirigente asegura para las masas obreras el salto desde la conciencia instintiva de tal contradicción a la conciencia revolucionaria de clase que se plantea la «apropiación colectiva de los medios de producción». «Precisamente en 1848 eran contados los que comprendían más o menos en qué sentido había que buscar esta emancipación. Hasta en París, las mismas masas proletarias ignoraban en absoluto, incluso después del triunfo, el camino que había que seguir. Y, sin embargo, el movimiento estaba allí, instintivo, espontáneo, incontenible. ¿No era ésta precisamente la situación en que una revolución tenía que triunfar, dirigida, es verdad, por una minoría, pero esta vez no en interés de la minoría, sino en el más genuino interés de la mayoría? Si en todos los períodos revolucionarios, más o menos prolongados, las grandes masas del pueblo se dejaban ganar tan fácilmente por las vanas promesas, con tal de que fuesen plausibles, de las minorías ambiciosas, ¿cómo habían de ser menos accesibles a unas ideas que eran el más fiel reflejo de la situación económica, que no eran más que la expresión clara y racional de sus propias necesidades, que ellas mismas aún no comprendían y que sólo empezaban a sentir de un modo vago? (Engels, en «Marx-Engels» III, 1966, 227-228.) Este prólogo de Engels a «Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850» tiene una importancia excepcional para comprender el contexto histórico-social y el sentido concreto del «modelo» revolucionario de los conflictos de clase en el momento mismo de su producción intelectual. Blanqui es uno de los padres de esa teoría que Marx y Engels van a explicar, asumiéndola en el contexto general del materialismo dialéctico.

procesos, eterno conspirador y organizador de sociedades secretas donde estudiantes y obreros preparan una y otra vez el «golpe de mano» definitivo que imponga el triunfo de la clase obrera (10).

Antes de que el desarrollo industrial determine la estructuración de una gran clase obrera enfrentada con la burguesía capitalista en virtud de «las propias condiciones determinadas por el mercado de bienes o de trabajo» (Weber, 1964, II, 683), los conflictos laborales alcanzan en Francia características revolucionarias. El monopolio excluyente del poder político y económico por una clase dominante, reducida y cerrada, es uno de los supuestos de este singular proceso. Un supuesto que aparece como condición necesaria pero no suficiente. Hay que añadir a esa condición otra más: la desintegración del consensus, o mejor, el enfrentamiento radical de una serie de ideologías, como consecuencia de la Revolución francesa y de su negación política por una restauración impuesta desde el exterior. Las fórmulas autoritarias —desde las monarquías censitarias a la dictadura de Napoleón III— que la gran burguesía necesita para asegurar su monopolio del Estado son incompatibles con las exigencias de ciudadanía política nacional definidas formalmente por la revolución y exigidas, como luego veremos, por el propio proceso de reestructuración social (11), que implica el desarrollo capitalista con su típica dinámica de clases.

(10) No podemos hacer aquí otra cosa que resumir y adelantar algunas de nuestras hipótesis generales —preparadas parcialmente en la argumentación de este artículo—. El salto de la sociedad estamental a la sociedad industrial de clases, cuando se consuma como pleno desarrollo capitalista, se consuma políticamente como desarrollo de una sociedad nacional cuya organización estatal controla institucionalmente los conflictos de clases al establecer el marco político que, garantizando democráticamente la ciudadanía para todos sus miembros, transforma la lucha de clases en una concurrencia regulada por el poder, que niega la transformación radical del sistema, a la vez que impulsa su desarrollo dentro de esos límites estructurales. Este modelo de la dinámica de las clases en el marco del desarrollo económico capitalista difiere sustancialmente del marxista, asumiendo precisamente una de sus hipótesis claves: que el desarrollo de tales clases sociales no se puede explicar sin la industrialización capitalista, con su sustitución de un mercado nacional e internacional. Pero al enjuiciar el papel del Estado, con su enorme desarrollo burocrático, el modelo aquí implícito abandona a Marx para asumir tesis que sustancialmente proceden de Tocqueville y Max Weber. Por supuesto: dentro de nuestro modelo resulta clave la solución de la fase crítica del proceso, que hay que situar en los momentos iniciales de la industrialización capitalista: es entonces cuando existe la posibilidad de un cambio social revolucionario. Este modelo parece válido hasta ahora para todas las sociedades capitalistas desarrolladas. Excedemos con estos enunciados los límites lógico-empíricos de nuestro artículo, con la esperanza de facilitar su comprensión y discusión objetiva.

(11) Los datos estadísticos aquí reseñados han sido tomados de Dupeux, 1964. A la misma fuente se han de imputar todos aquellos datos del mismo tipo cuyo origen no se indique.

«Los sistemas políticos que rechazan el acceso de los nuevos estratos al poder, a no ser por medio de una revolución, detienen también el desarrollo de la legitimidad al introducir esperanzas irrealizables en la liza política. Los grupos que tienen que abrirse camino en la política por la fuerza son proclives a exagerar las posibilidades que depara la participación política. En consecuencia, los regímenes democráticos nacidos bajo el énfasis no sólo enfrentan la dificultad de ser considerados como ilegales por grupos leales al "antiguo régimen", sino que también pueden ser rechazados por aquellos cuyas remotas esperanzas no se ven satisfechas por el cambio» (Lipset, 1963, 60). El mecanismo de inestabilidad política permanente que Lipset establece para el análisis de regímenes democráticos, sirve perfectamente para este proceso liberal constitucional, inmediatamente predemocrático; otra cosa es que haya que hacerle dos modificaciones sustanciales en función de la propia especialidad histórica del caso: 1) Hay que advertir la diferencia que va de una democracia formal a un régimen que no sólo es predemocrático, sino, en cierto modo, posdemocrático (el Terror ha sido el reino de una democracia casi directa). 2) El objeto del rechazo político son los nuevos estratos resultantes de la fragmentación económico-social del viejo estamento burgués (clases medias separadas de la gran burguesía y la clase obrera en formación), cuyo desarrollo va a acumular rechazo político y rechazo económico como una absoluta negación social. Se multiplica así la intensidad y violencia conflictual de ese mecanismo político social: desde 1830 a 1889 (en que el general Boulanger renuncia al golpe de Estado) la revolución es la forma sistemática del cambio de Gobierno; una revolución política que cada vez presenta mayores pretensiones de revolución social.

Pero aún nos falta por analizar un supuesto esencial de todo este proceso, sin el cual resulta inexplicable esa prodigiosa aceleración revolucionaria de la vida política francesa, que sobrepasa desde 1789 las fórmulas constitucionales inglesas (hasta entonces modélicas para Europa) pese a su retraso industrial en términos comparativos. Se trata del papel jugado por París en cuanto «motor de la vida nacional». (Tocqueville.)

## II. PARÍS. ELEMENTO CLAVE DE LA DINÁMICA REVOLUCIONARIA

carlos moya

«La concentración de la población en la región parisiense es uno de los hechos mayores de la historia de la población francesa.» (Dupeux 1964, 25). De 546.856 en 1801 el número de habitantes de la capital francesa asciende a 861.440 en 1831; a 1.226.980 en 1846; a 1.851.274 en 1872; a 2.269.023 en 1881; a 2.714.068 en 1901; por supuesto, reduciéndonos a los habitantes de la ciudad y del «*ancienne petite*» también anejo a aquélla desde 1890 y sin contar con el resto de aglomeraciones que constituyen el Departamento del Sena (que rebasan los 300.000 en 1861 y para 1900 casi alcanzan el millón). El ritmo de crecimiento demográfico de esta región resulta tanto más relevante cuando se le compara con el de la población nacional: de 27.000.000 en vísperas de la Revolución a 32.000.000 en 1830; 35.500.000 en 1848; 38.000.000 en 1870; 39.605.000 en 1911. Como señala Dupex, «el siglo XIX representa para Francia la segunda fase de la revolución demográfica»; de una demografía dinámica, cuya máxima expansión se alcanza a mediados del XVIII, se pasa a una demografía estacionaria, malthusiana (12). Estas dos series de datos apenas apuntados son absolutamente coherentes en términos de teoría de la población; la urbanización y la industrialización son fenómenos determinantes de ese estacionamiento demográfico. Pero aquí lo que nos importa es resaltar la significación psicológica de estos hechos: la importancia decisiva de la ciudad de París en el desarrollo histórico de la sociedad francesa; una clave fundamental en la organización espacial de aquella estructura social y, por consiguiente, en su dinámica global (13). Tocqueville ha sido el primero en analizar sistemáticamente este fenómeno central para explicar el estallido revolucionario del antiguo régimen. «A medida que todos los asuntos administrativos son atraídos a París, afluyen allí los negocios industriales. Convirtiendo París cada vez más en modelo y árbitro del gusto, en centro único del poder y de las artes, en foco principal de la actividad nacional; la vida industrial de la nación se retira allí, y allí se concentra más y más... Me parece que actualmente hay bastante acuerdo en considerar que la centralización administrativa y la omnipo-

(12) A partir de aquí hubo que desarrollar el concepto de «sistema de las estructuras locales de comunidad» como dimensión clave de la estructura social global en conexión con esa otra dimensión totalizadora que sería el «sistema de estratificación social» o «sistema de clases». (Vid. el artículo del autor, «La ciudad. Un modelo de sistema social en desarrollo». *Moneda y Crédito*, 113, 1968.)

(13) Vid. una discusión más amplia de estas afirmaciones en el artículo ya citado, en «La ciudad...».

tencia de París han sido muy relevantes en la caída de todos los gobiernos que hemos visto sucederse en estos últimos cuarenta años. Yo demostraré sin esfuerzo que es preciso atribuir al mismo hecho una gran parte en la ruina súbita y violenta de la antigua monarquía y que se le debe colocar entre las causas principales de esta primera revolución que ha engendrado todas las otras.» (Tocqueville, 1964, 150, 151, 152.)

La formación de las clases sociales es un fenómeno típicamente urbano; si frente a la sociedad estamental la sociedad industrial es una sociedad de clases en conflicto, es precisamente porque frente al localismo feudal el fenómeno ecológico fundamental es ahora la urbanización. 1) La concentración parisiense agita revolucionariamente el proceso de cambio social en que los viejos órdenes medievales se disuelven para dar origen a una estratificación clasista: la lucha de clases en Francia va a ser un fenómeno decisivamente impulsado por la capital.

París, la vieja sede de la monarquía, es la capital de Francia; la residencia tradicional y, por tanto legítima, de todo gobierno que se pretenda nacional. Pero no sólo es la capital política, centralizadora de todos los aparatos administrativos que controlan estatalmente la vida nacional, sino la capital económica y social, con sus centrales bancarias y sus «banlieus» industriales, donde se acumula la población obrera procedente de todas las regiones, y, por supuesto, el foco urbano de máxima atracción para todos los «talentos» y «pretensiones» de la burguesía media y baja de provincias, en busca de ascenso social: la Universidad, las altas escuelas, el mundo de los negocios con todos sus diversos niveles, las colocaciones en función de la burocracia pública y privada, junto con el aliciente en aquellos momentos «románticos» de «la vida en la gran ciudad». París, capital política y social, vieja capital monárquica y capital de la nueva sociedad industrial, tiene una importancia determinante en la legitimación de cualquier régimen: dominar París, contar con el consenso de su población es el requisito clave para todo sistema político francés; su condición necesaria y en ciertos momentos casi su condición suficiente.

Son las revueltas del pueblo de París las que en 1789 radicalizan extremadamente el conflicto entre la Asamblea Nacional y la realeza, hasta determinar la desintegración del antiguo régimen; de igual modo, la sublevación de esa población es la que impone nacionalmente las revoluciones de 1830, 1848 y 1871. Moderadas o recortadas siempre en su proceso de «nacionalización» por el efecto compensador de las regiones campesinas. Pero la dinámica «campo-ciudad» debe ser objeto de otro estudio.

conflictos  
en franci  
en el sig

El Terror ha sido un régimen esencialmente parisiense; representa la institucionalización inmediata de la efervescencia revolucionaria de las masas urbanas impuesta por la propia fuerza de ese enorme sector social de la población que son los «sans-culottes», exasperados por la miseria de sus condiciones de vida en una ciudad cuyas propias condiciones ecológico-urbanistas resultan explosivas en su incapacidad frente a las necesidades de su actual población. Desde los comienzos de la Convención había aumentado la crisis económica francesa hasta hacer difícil la subsistencia de las masas urbanas y campesinas, que producen disturbios. Falta el pan en las grandes ciudades, el problema es angustioso en París. Es en este momento cuando Robespierre, en la disputa por el Poder entre la Gironda y la Montaña, llama al pueblo a la insurrección: «el pueblo inmenso de los «sans-culottes» contra los «calzones dorados» (Robespierre). Con 80.000 hombres, el Comité insurreccional parisiense somete la Convención y arresta a los 22 jefes de la Gironda. (Vid. Soboul, 1964, 153-161.)

Termidor acabaría con el terror popular. Desde entonces, para el desarrollo de las diversas formas políticas que intentan imponer el «orden», en la sociedad francesa, la concentración urbana de París como capital, significa: La necesidad de controlar en términos centralistas la vida nacional; por consiguiente, el desarrollo progresivo de la burocracia estatal (14). Napoleón completará la «revolución administrativa» (Tocqueville) iniciada por la monarquía absoluta, construyendo el edificio administrativo que los siguientes regímenes no harán sino incrementar. Con Napoleón III este desarrollo llega a su máximo.

La República democrática y el sufragio universal son las fórmulas que a partir del 92 constituyen la tradición política de las masas parisienses. Pero desde la Convención termidoriana, el supuesto real constante de los regímenes que consiguen imponerse es la exclusión en general de las masas populares de una participación política real: el carácter censitario de las elecciones, su manipulación sistemática o su sustitución por montajes plebiscitarios son típicos expedientes que expresan esa situación de monopolio del poder por clases dominantes más o menos restringidas. Ahora bien: esto implica a la vez

(14) «El Imperio había organizado un cuerpo de funcionarios de profesión, dividido en servicios claramente separados (ejército, clero, magistratura, administración, contribuciones directas e indirectas, puentes y caminos, Universidad), todos muy centralizados bajo la dirección de ministerios omnipotentes con residencia en París, reclutados sin distinción de nacimiento por una especie de concurso, prácticamente inamovibles y penetrados de un fuerte espíritu de cuerpo, actuando en todo el territorio conforme a reglamentos uniformes.» (Seignobos, 1916, I, 127.)

que el Gobierno, el reducido núcleo central de personas que desempeñan los papeles capitales del Estado, vive en París rodeado de una enorme población que no acaba de identificarse con sus legitimaciones oficiales.

Esta falta de auténtica legitimación popular significa que en términos de latencia el Gobierno se encuentra eventualmente asediado por el propio volumen de sus súbditos inmediatos: la agitación popular, movilizándose esa inmensa fuerza, puede derribar el Estado establecido, disolviendo sus organismos políticos y apoderándose de las posiciones claves en la maquinaria burocrática. Frente a ese peligro, la única garantía es la existencia de un fuerte ejército, con el cual pueda contarse constantemente y de un modo inmediato en caso de urgencia. Pero su posible eficacia está fuertemente mediatizada por la existencia de una milicia ciudadana, la Guardia Nacional, cuyo origen se remonta a la toma de la Bastilla por las masas parisienses. La teoría revolucionaria del «golpe de mano» (Blanqui) refleja una situación en la que la insurrección popular armada, basándose en la lucha de barricadas, puede llegar a hacerse con el poder. Con la modernización de la urbanización de París y el desarrollo de la tecnología militar se aseguraría definitivamente la supremacía del ejército regular sobre toda revuelta ciudadana. El ejército nacional, creado espontáneamente para defender la revolución de 1789 frente a la amenaza exterior que intentaba una restauración borbónica, se va a convertir en espina dorsal del desarrollo estatal como instrumento esencial de los sucesivos regímenes contrarrevolucionarios. «El ejército nacional está organizado como una burocracia nacional, equipada por el Estado» (Gert y Mills, 1963, 223). La jerarquización y la profesionalización rigurosamente reglamentada de los cuadros militares constituyen los supuestos organizativos para alcanzar una máxima autodisciplina en su propia conducta imponiendo una máxima disciplina a la tropa. Una ideología nacionalista muy fuerte sirve para mantener altamente integrado tal comportamiento. La racionalidad formal de la organización burocrática tiende a eliminar la eventual identificación personal con los diversos partidos. De esta suerte se racionaliza el «monopolio estatal de los medios de la violencia» (Weber) como garantía del «orden público» necesario al funcionamiento regulado de los conflictos admitidos por el sistema establecido, más o menos democrático. Cuando tales conflictos desborden el sistema el ejército puede funcionar como última instancia de control o como nuevo principio de orden (Luis Napoleón, Cavaignac, McMahon, Boulanger, etc.).

Apenas hemos hecho a lo largo de este ensayo más que tratar de iluminar algunas de las conexiones estructurales que explican la

revolucionaria inestabilidad de la sociedad francesa en el siglo XIX. Hacia el final, insistiendo en el desarrollo burocrático del Estado —como Administración pública y como Ejército—, apuntábamos hacia los requisitos institucionales para la estabilización del sistema. La III República —como «modelo clásico» de las primeras «democracias industriales»— sería el sistema político correspondiente a un desarrollo capitalista consolidado en el marco de una sociedad relativamente estabilizada cuyos conflictos de clase no amenazan con destruir el sistema, capaz ahora de integrarlos progresivamente. Pero el desarrollo de las líneas generales de tal proceso y estructura social deben ser objeto de otro estudio. Y junto a éste sería preciso un tercero analizando ese desarrollo conflictual en su contexto internacional. Terminemos con una paradoja: en el marco del desarrollo capitalista la culminación de los conflictos de clase que inicialmente aparecen como amenaza o realidad eventual de guerra civil, de «disolución de la nación», acontece como progresivo desarrollo y constitución de una auténtica «sociedad nacional». Irónica refutación histórica del modelo marxista que se cumple precisamente cuando la clase obrera constituye sus propias organizaciones político-sindicales en términos de organizaciones de masas.

## BIBLIOGRAFIA

- ALTHUSSER. 1967: *La revolución teórica de Marx*. Méjico.  
 BRUHAT. 1952: *Histoire du mouvement ouvrier français*. T. I. Paris.  
 COLE, I. 1964: *Historia del pensamiento socialista*. T. I. Méjico.  
 DAHRENDORF. 1957: *Soziale Klassen und Klassen Konflikte*. Stuttgart.  
 DOCTRINE SAINT SIMON. 1924: *Doctrine de Saint Simon*. Exposé. Première année. 1829 ed. de C. Bouglé y E. Halévy. Paris.  
 DOLLÉANS. 1960: *Historia del movimiento obrero*. T. I. Buenos Aires.  
 DUPEUX. 1964: *La Société Française. 1789-1960*. Paris.  
 GEIGER. 1962: *Arbeiten Zur Soziologie. Neuwied am Rhein*.  
 GODELIER. 1966: *Rationalité et irrationalité en économie*. Paris.  
 HOESBAMM. 1965: *Las revoluciones burguesas*. Madrid.  
 LHOMME. 1960: *La Grande Bourgeoisie au Pouvoir*. Paris.  
 LIPSET. 1963: *El hombre político* Buenos Aires.  
 MARX. 1953: *Die Frühschriften*. Ed. de S. Landshut. Stuttgart.  
 MARX. 1957: *Contribution à la critique de l'économie politique*. Paris.  
 MARX-ENGELS. 1966: *Studienausgabe*. T. III. Geschichte und Politik. 1 Ed. de Fetscher. Frankfurt.  
 SOBOUL. 1962: *Histoire de la Révolution Française*. T. II. Paris.  
 SAINT SIMON. 1960: *Catecismo político de los industriales*. Buenos Aires.  
 SÉE. 1961: *Los orígenes del capitalismo industrial*. Méjico.  
 SEIGNOBOS, I. 1916: *Historia política de Europa contemporánea, 1814-1896*. T. I. Madrid.  
 TOCQUEVILLE. 1942: *Souvenirs d'Alexis de Tocqueville*. Ed. de L. Mounier. Paris.  
 TOCQUEVILLE. 1964: *L'ancien régime et la révolution*. Paris.  
 WEBER, II. 1964: *Economía y Sociedad*. T. I. Méjico.